

Ratones sin cola

Leo en la prensa que un consorcio de casi una treintena de centros públicos de investigación de seis países ha descubierto que somos genéticamente idénticos al ratón en un 99 por ciento. Al parecer, tan alto porcentaje ha sorprendido a los científicos, cuyo conocimiento principal viene de los libros y de los experimentos en el laboratorio. A quienes adquirimos el conocimiento por la observación continuada del hombre común, tal coincidencia no sólo no nos ha sorprendido, sino que, al contrario, no hace sino certificar la hipótesis que veníamos manteniendo de que el hombre es un animal de tantos, tan diferente del ratón como lo es el ratón del conejo. Es más, afirmo desde ya que cuando se descubra la secuencia del genoma de otros animales, como la hiena, el buitre o la serpiente, los científicos podrán comprobar sin error que el porcentaje de identidad es de casi el cien por cien.

Lo sorprendente del caso, me parece a mí, es que en el hombre, como en el ratón, están los genes de la cola, de manera que el hombre más normal podría empezar a desarrollarla en cualquier momento como desarrolla la muela del juicio. La naturaleza – que, según dicen, es sabia, por más que algunas veces yo no la entienda– sabrá por qué ha privado al hombre de un apéndice tan útil y, sin embargo, se lo ha dado a buena parte de los demás animales. Quizá, como una buena madre, pensó que debía repartir entre sus hijos los dones de que disponía y a unos les tocó el rabo y a otros las alas y a otros eso que nosotros mismos llamamos inteligencia. Pues, si fue así, estoy por asegurar que los que salimos perdiendo fuimos nosotros. Yo, por lo menos, puesto a elegir, hubiera preferido las alas, que sirven para saltarse las fronteras, dan más libertad y en situaciones difíciles sacan de más apuros que el entendimiento. ¿No se busca mejor el pan un pájaro de Etiopía que un hombre de ese mismo país?, pongo por ejemplo.

Incluso el rabo es preferible a la inteligencia en no pocas ocasiones. Sobre todo uno de esos rabos prensiles de nuestros primos los monos. Entre ir de copa en copa e ir de bar en bar hay sólo una mínima diferencia, y lo segundo es siempre un sucedáneo de lo primero.

Juan Bosco Castilla